

— Sí, madre mía.

—Pues bien, dentro de pocos días podrás confesárselo.

Al día siguiente, de madrugada, partió Gustavo, dejando entregados á los habitantes de la casita de persianas verdes á sus cuotidianas y tranquilas ocupaciones.

Edmundo seguía tan bien como humanamente podía exigirse en el estado en que se hallaba.

.....  
Cuatro días despues de su despedida, llegaba Daumont á Paris; inmediatamente corria á la calle Godot, y Nichette, que lo aguardaba con impaciencia, se arrojaba á su cuello sin poder retener las lágrimas de placer que la hacia deramar esta vuelta inesperada.

Ocho días ántes Gustavo creía no poder alejarse de Laurencia. Desde que acababa de recibir ahora el primer beso de Nichette, se conocia de que le seria imposible volverse á alejar de Paris.

Que los que pretenden leer en el corazon humano, espliquen esto. Lo que soy yo, no hago mas que referir.

CAPITULO IX.

**PRUEBA.**

Nada habia cambiado en casa de Nichette. Gustavo sintió que el lugar en que la encontraba, era el mismo en que habia mas de dos meses ella lo esperaba: las paredes, las habitaciones todas, toman inmediatamente un carácter nuevo de las costumbres nuevamente contraidas.

Todas las cosas que Gustavo conocia en casa de Nichette, se presentaron á sus ojos bajo un aspecto tan igual al que ántes guardaban, que olvidó por un instante que habia estado léjos de Paris.

—En fin, helo aquí. . . . ! exclamó la jóven estrechando las manos de Daumont y mirándolo. ¡Qué contenta estoy! ¡Si vieras cuánto temia no volver á verte! añadió riendo, porque desde el momento en que estaba al lado de su amante, podia reir hablando de la ausencia.

—No me era posible abandonar á Edmundo, querida niña, contestó Gustavo. No puedes figurarte qué malo ha estado. . . .

—¿Pero ya esta fuera de todo peligro?

—Así se espera, á lo ménos.

—Bastante he pensado en él: ¡pobre jóven!  
Todas las noches rezaba por vdes. dos.

—Espero que ya lo encontraré fuera de todo  
peligro. . . . .

—¿Vas á irte otra vez? preguntó Nichette  
con tristeza.

—Prometí á la señora de Péreux y á Ed-  
mundo volver algunos dias mas con ellos.

—Ah! suspiró Nichette con un acento resig-  
nado, en el cual, sin embargo, se conocia el pe-  
sar que la causaba esta noticia.

—¿Qué tienes? la preguntó Gustavo, que sa-  
bia perfectamente lo que acongojaba á la modis-  
ta, pero que habia querido establecer desde un  
principio la posibilidad de una segunda ausen-  
cia, para el caso en que Nichette no fuera ca-  
paz de hacerle olvidar á la hija del coman-  
dante.

—Hace diez minutos apenas que acabas de  
llegar: ántes de quitarte el capote de viage, me  
dices que vas á volverte á ir. . . . . ! ¿y me pre-  
guntas qué tengo. . . . . ?

—Tranquilízate; podemos contar aun quince  
dias, que pasarémos juntos.

—Solamente quince dias?

—Tal vez tres semanas.

—¿Amas, pues, mucho á Edmundo? preguntó

de repente Nichette mirando á Gustavo con  
cierto aire de duda.

—Bastante lo sabes. . . y harto pesar le cau-  
só que lo dejara; pero ya yo no podia resistir  
mas; queria con ahinco volver á verte.

—De veras?

—Te he mentido alguna ocasion?

—¿Si supieras que ya comenzaba á temer-  
lo. . . . ! dijo la jóven, arrojando sobre su lecho  
el capote y el gorro de viajar que acababa de  
quitar á Gustavo.

—¿Y qué comenzabas á temer, niña?

—Temia que ya no me amaras. . . . y hubie-  
ras dado tu corazon á otra. . . . .

—¿A quién, buen Dios? exclamó Gustavo ru-  
borizándose, y tratando de ocultar su turbacion  
con un semblante placentero.

—¿A quién? á otra muger.

—¿Y ahora ya estás tranquila y contenta?  
preguntó Gustavo á Nichette sentándola sobre  
sus rodillas.

—Completamente, puesto que estás aquí,  
aunque. . . . .

—Aunque. . . . repitió Gustavo con un acento  
que parecia reclamar el fin de la frase.

—Aunque temo que haya por allá alguna  
otra cosa mas que Edmundo, que te atraiga.

—Habria yo venido, si fuera así?

—Lo mismo da. Tal vez reflexionarias: aque-  
lla pobre muchacha es desgraciada en Paris;

vamos á verla unos cuantos dias.... Acaso miéntras la otra tiene que ausentarse tambien.... Pudiera ser así.

Nadie se atreverá á negar los secretos presentimientos de la muger, que la hacen frecuentemente, sin la menor indicacion entrever una parte de la verdad; presentimientos que se esplican fácilmente cuando la verdad es probable.

—¡Estás loca! dijo Gustavo riendo, pero de manera de cortar la conversacion que le causaba mil remordimientos.

—En todo caso almorcemos, replicó Nichette, yendo á buscar una silla para ella y arrimándola á una mesita preparada con todo lo necesario, que solo aguardaba la llegada de Gustavo; porque la jóven habia previsto que su amante llegaria moribundo de hambre y de cansancio.

—En todo caso, añadió la modista sentándose al lado de su convidado amado, si te ama, no te amará tanto como yo.

Esta última frase se estinguió bajo los ardientes labios de Gustavo, que gozando de nuevo de sus costumbres de hacia dos años, no sentia aun despertarse en su corazón el recuerdo de Laurencia, tanto mas, cuanto que el jóven encontraba un verdadero placer, un encanto indefinible, en recobrar sus usos y costumbres, á lo ménos por unos cuantos dias. **Añádase á esto, que Nichette era verdadera-**

mente linda, y que para recibir á su amante habia puesto en accion todos los recursos de su inteligente coquetería: decimos inteligente, porque la coquetería tiene matices y grados muy diferentes, y porque es prueba de talento utilizar sus recursos en ciertas ocasiones, sin que aquel, que es el objeto de tantos afanes, lo perciba. Así, Nichette en su fallita, en su peinado, en el corte de su vestido, tenia algo de nuevo, pero que al mismo tiempo hacia recordar lo pasado y seducia á Gustavo. En una palabra, era Nichette con algo de mas.

Ese algo eran tal vez los dos meses que Gustavo habia pasado sin verla, encanto inesplicable para el hombre que vuelve.

Durante el almuerzo, Daumont refirió á su querida todo lo que no habia podido escribirla, y aun lo que ya la habia contado. Pormenorizóla el empleo de sus dias, teniendo buen cuidado, se entiende, de olvidar los momentos consagrados á Laurencia, y los paseos á caballo hechos con ella y su padre.

Nichette, por su parte, contó cómo habia pasado para ella la vida. Era cosa muy sencilla... Al principio habia llorado muchísimo, y permanecido quince dias sin salir; despues habia encontrado á una de sus amigas, á quien no veía tiempo hacia; una muhacha que fué su compañera de taller, y que acababa de heredar una corta suma, con la cual iba á establecerse á Tours,

Miéntas esta amiga partia, Nichette habia renovado sus relaciones. Las dos se habian ido de tiempo en tiempo al teatro, juntas permanecian durante el dia, y no se separaban sino el menor tiempo posible, hasta el momento en que la señorita Carlota Toussaint habia tenido necesidad de dejar á Paris, es decir, ocho ó diez dias ántes de la llegada de Gustavo; lo cual no habia hecho sino despues de rogar en vano á Nichette que se asociara con ella, prometiéndola que haria fortuna.

—Por ahora, dijo la modista á Gustavo despues que hubieron acabado de almorzar, has pasado cuatro noches en la diligencia, y debes tener sueño.

—Voy, pues, á casa á dormir un momento, dijo Gustavo.

—No, replicó Nichette; vas á arrojarte sobre mi lecho y á dormir . . . . Miéntas tanto, yo trabajaré ó leeré.

Gustavo obedeci6 á la linda griseta; se ech6 sobre su cama . . . y una hora despues dormia como un hombre que acaba de correr doscientas leguas.

Nichette pein6 sus hermosos cabellos ante el espejo, y se sent6 junto al fuego, como si fuera á leer; pero miraba mas frecuentemente al que dormia, que al libro que tenia entre sus manos.

Cuando Gustavo despert6, á eso de las siete de la noche, Nichette con el rostro medio iluminado por la lámpara cubierta de su velador, trabajaba junto á la mesa, y sus lindos piececitos descansaban sobre un taburete junto al fuego.

Daumont permaneci6 por algunos minutos en contemplacion de aquel cuadro seductor, al cual nada habria tenido que ańadir un pintor.

—He aquí todo mi pasado, pensaba; ¿será necesario que esto forme tambien mi porvenir . . . ? Esa nińa me ama; al primer movimiento que voy á hacer, todo su ser atenderá hácia mí; va á venir á abrazarme, y á rodear mi cuello con sus brazos. Pero ¿á dónde nos conducirá esto á ella y á mí. . . . Ella se envejecerá, y yo tambien envejeceré. . . . nuestros gustos cambiarán. ¿Nos bastarémus mutuamente á nosotros mismos, en los momentos en que busquemos á nuestro alrededor una familia que ni el uno ni la otra tenemos? ¿Nos amaremos todavía. . . ? Puede uno ver envejecerse á su muger. . . pero da tristeza mirar cubrirse de arrugas y encanecer el cabello de su querida: los sentimientos que nos mueven hácia aquella, son muy diferentes de los que nos unen con esta. . . .

He aquí lo que pensaba Gustavo; y ocho dias despues de su llegada, ya comenzaba á estar convencido de que podria volver á Niza, y

aun á arrepentirse de haber prometido á Nichette permanecer tres semanas con ella.

Nuestros lectores van á comprender inmediatamente por qué, y así no acusarán á Gustavo de ingratitud: no podrán acusar mas que á las eternas necesidades de nuestra naturaleza humana.

Nichette era encantadora; Gustavo se habia conmovido al verla; pero una vez pasados los primeros transportes, era siempre la misma cosa. Ella era la muger á quien se ha amado por su belleza; que ha inspirado un capricho; que se ha entregado sin esfuerzos; que se han encontrado en ella cualidades que no se sospechaba tuviera; que ha distraido vuestra imaginacion, lisonjeado vuestro amor propio, y aun interesado vuestro corazon; que no pensará uno en abandonar miéntras no mire otras mugeres ó las vea inferiores á ella; pero que puesta en parangon con una vírgen inocente y candorosa, que no se entregará al que ame si éste no la da su nombre; que ha crecido en el respeto de las cosas santas y bajo la proteccion de la familia; que ha sido educada en los deberes y en los preceptos de la religion; que tendrá ademas para ella las promesas y el encanto de lo desconocido, y ese atractivo irresistible de la virginidad del alma y del cuerpo . . . la primera muger tendrá que ceder el paso á la segunda, porque el corazon del hombre no

tutubeará entre las dos el dia en que, como Gustavo, despues de haber vivido dos años con la una, pueda tener la esperanza de vivir eternamente con lo otra.

Esto es muy triste para la pobre muger á quien se abandona; pero ahí está la costumbre, que consagra este capricho del corazon, al cual la mayor parte de los hombres se someten al ir adelantando por la vida, y la costumbre ha probado tambien que estas pobres abandonadas acaban siempre por resignarse, por consolarse y aun á veces por decir algun dia:

—Vale mas que haya sucedido así.

Sin embargo, el amor de una querida tiene á veces ciertas realidades, que lo hacen mas fuerte y atractivo que ningun otro, sobre todo, cuando, como Nichette, la querida es jóven, bella, y llena de expansiones fisicas. Pero desgraciadamente á estas realidades sucede una fatiga y una debilidad de cuerpo, de la cual el corazon se aprovecha para abrir su puerta á ese otro amor que no existe todavia mas que en el estado de sueño y de promesas. Colocado entre los dos, el hombre concede entónces toda su preferencia á éste, porque nada mas tiene que pedir al primero, y sí todo que esperar del segundo.

¿A quién no le ha llegado á su corazon tener una muger entre sus brazos, y estar pensando en otra? El corazon es en este punto